

45-2/89

1-123

EL NEGOCIO DE LA GUERRA.

/"La Estafeta", Madrid, 23 enero 1898/

EL NEGOCIO DE LA GUERRA.

La guerra es, para las más de las personas, en su esencia, un misterio histórico. El empleo de conceptos tan indefinidos como "honra nacional", "prestigio de la patria" y otros por el estilo, prueba la poca clara visión que del proceso de la guerra se tiene.

Es lo cierto que suele ser inconciente la guerra por parte de sus actores directos, que ignoran lo que han de ganar con la victoria o perder con la derrota, como no sea ascensos, como provecho, y como daño mutilaciones corporales, si es que no la muerte. Los más de los insurrectos cubanos no mejorarán en un ápice su vida con la independencia de la isla, como no la mejorarán nuestros soldados al conservarla para España. Van a pelear para que ésta mantenga a sus industriales y mercaderes un mercado colonial, no pocos mozos que en otro caso se irían a ganarse la vida o a labrarse una fortuna acaso a Méjico, Brasil o la Argentina, que no son colonias españolas. ¿No podrían ir lo mismo a Cuba aun no siendo ésta nuestra?

En los pueblos salvajes, de rapiña, todos los hombres útiles son combatientes en busca de esclavos y de botín; la guerra complemento de la caza. Mas una vez asentado un pueblo sobre la esclavitud de los vencidos, empieza a desenvolver cultura, merced a la ociosidad, y nace el ciudadano libre, que lo es tan sólo por oposición al esclavo. Sobre la esclavitud de los unos se erigió la libertad política de los otros. Sobre ejército de esclavos, considerados cual cosas y



no personas, ~~se~~ levantó Roma, campamento de ciudadanos que votaban en sus comitia curiata por agrupaciones militares. En este pueblo de guerreros, mantenidos por el trabajo de los esclavos, fué donde se formuló para siempre el derecho de propiedad privada, el famoso derecho de usar y abusar, y con él todo el Derecho romano, evangelio del capitalismo.

Gayo dice (IV,16) que nada retenían los romanos mejor adquiridos que el botín de guerra, y de él es el aforismo de que hasta signum iusti domini; "la lanza señal de justo dominio", en que tan claro se revela el origen de toda propiedad privada de medios de producción.

Hundióse el Imperio, y entre sus ruinas nuevos conquistadores erigieron sobre la servidumbre el régimen feudal, manteniendo para sostenerlo tropas mercenarias, mesnadas. Por no quedarse los pacíficos labradores a merced de la primer turba de bandoleros que en busca de botín invadiese sus tierras, convinieron poner a sueldo una banda que les defendiese de las demás. Así nació del bandidaje puesto a sueldo el nuevo orden, que es costumbre lo restablezcan en provecho propio aquellos mismos que en propio provecho lo turbaron. A la vez, hombres antes libres iban a hacerse espontáneamente de otros, y a ceder sus tierras en perpetuo censo a los dueños de ganado adquirido de botín.

El mesnadero mercenario, por su parte, no se preocupaba del fin social y objetivo de la guerra más que un obrero moderno de la utilidad intrínseca del artículo con cuya producción saca su jornal.

Abrieronse nuevas vías al comercio; estrechóse la red de relaciones entre los diversos pueblos; se complicaron



los negocios; se organizó la industria en gremios y el comercio en ligas; empezó, a favor de todo esto, la fragua de las nacionalidades, y la guerra fué centralizándose y convirtiéndose en función nacional a medida que la nación en función económica. Cuando ha llegado a ser ruinoso mantenerla con mercenarios, que no era dable encontrar en la proporción requerida por el sueldo que el negocio bélico permite, se ha recurrido al expediente de siempre cuando faltan jornaleros voluntarios por la mezquindad del jornal: se ha esclavizado hombres, cogiéndolos desorganizados el organizado Estado, fidelísima expresión de la nación en cuanto función capitalística.

Dirigen a estos ejércitos de esclavos, profesionales que hacen de la milicia carrera. La formación de los grandes ejércitos nacionales ha sido de par con el desarrollo de la gran industria y con la acumulación del capital; la paz armada no es más que un aspecto del régimen de la concurrencia económica, así como las grandes alianzas de los vastos sindicatos. En Roma, donde el ser libre implicaba ser guerrero, un ejército de ciudadanos vivía sobre rebaños de esclavos; más tarde los nobles mantuvieron con las armas sus privilegios. La burguesía moderna dispone de dos ejércitos: de un lado, el de obreros productivos que la mantengan; de otro el de soldados improductivos cuya honda función es mantener con su servidumbre la servidumbre de los otros, ya directamente por la amenaza de las armas, ya más bien indirectamente coadyuvando a sostener en cierta forma el salario con su forzada improductividad.





Los gastos de la guerra recaen hoy sobre todos los ciudadanos; los provechos sobre los dueños de capital.

En vano el conde de Moltke sostiene que las guerras son hoy contiendas promovidas voluntariamente por dos pueblos, con objeto de dilucidar asuntos nacionales, participando de la lucha las clases todas; "la nación en armas", como al ejército moderno llama von der Goltz; en vano Clausewitz afirma que la guerra no es más que una parte del cometido político. La guerra es, ante todo y sobre todo, una función económica, el medio más eficaz para retardar el tránsito de nuestra constitución social a la de tipo perfectamente industrial.

Es de cierto indudable que hay en la guerra no poco de hereditario placer por la lucha misma, que, rodeada de leyendaria poesía, atrae con atracción estética, mantenida por atávico instinto. La guerra, que en tiempo de las tribus de rapiña fué util a cada uno de los combatientes, cuando a virtud de las transformaciones sociales no es ya para ellos mismos, sino para la tácita empresa que los ocupa, un negocio, sigue conservando



de sus siglos de utilidad directamente sentida, lo que de la utilidad queda en un objeto cuando la pierde: la belleza.

«Ceres se vale del yelmo de Belona para que sus mieses crezcan en él seguras», dijo Saavedra Fajardo; mas hoy lo que debemos decir es que Mercurio se encasqueta el yelmo para explotar á Ceres.

Si la guerra no aprovechase á alguien, no habría guerras; ni basta tampoco para explicarla aquel provecho indirecto que se revela en el dicho de que «para el trigo, agua, sol y guerra en Sebastopol», dicho que expresa á las mil maravillas el negocio del juego: ganar lo que otro pierde sin provecho común. ¿Qué la guerra daña á todos? Al parecer nada más, porque conviene no olvidar que el ramalazo que debilita á los fuertes destruye á los débiles, permitiendo que una vez pasado se alcen aquellos con el santo y la limosna. Una crisis que arruina ocho de doce casas, si deja quebrantadas á las cuatro que la soportaron, las deja solas dueñas del mercado. Pero hay en la guerra otro interés económico más directo y más hondo.

La guerra en ocasiones, y permanentemente la paz armada, suele evitar la baja del dividendo del capital colectivo vertiendo á empleo económicamente improductivo y aun destruyendo parte de él, á la vez que crea nuevos rendimientos usurarios en forma de intereses á títulos de la Deuda por empréstitos para sostener aquella, con garantía, en última instancia, del suelo nacional, verdadera hipoteca, en fin de cuenta, de los tenedores de la Deuda pública.

La honra nacional queda de capital sin intereses de los que mueren, consumiendo ese empréstito para hacer nuevos rentistas.

Los ahorros del trabajo pasado sirven, en efecto, para intensificar el trabajo actual y aliviarlo. Por mucho que se ahorre, siempre su empleo productivo será socialmente útil, si bien puede no



El negocio de la guerra.

6

serlo para el capitalista dueño de esos ahorros, que al aplicarlos busca lucrarse con el valor en cambio, de lo que mediante ellos produzcan, sin dársele un ardite de su valor en uso. Lo mismo abrigan al friolero las mantas de una fábrica que reparte de dividendos á sus accionistas tanto ó cuanto, como las de otra que reparta el doble; pero si no hay el acicate del interés personal, ¿quién produciría?, preguntan muy serios algunos señores, que llaman al mero accionista productor, y confunden, sin saberlo acaso, el capital con la riqueza.

Supongamos, simplificando y exagerando las relaciones reales para ponerlas así más de relieve, un capital social que crece desde 10.000 hasta 80.000, á medida que disminuye, merced á ese crecimiento, su interés desde 8 á 1 por 100, y tendremos de dividendos:

10.000	á 8	por 100	da	800
20.000	» 7	por 100	»	1.400
30.000	» 6	por 100	»	1.800
40.000	» 5	por 100	»	2.000
50.000	» 4	por 100	»	2.000
60.000	» 3	por 100	»	1.800
70.000	» 2	por 100	»	1.400
80.000	» 1	por 100	»	800

Se ve por esta tabla esquemática - en

que hay un periodo ascendente del dividendo en que todo crecimiento del capital, si bien lleva consigo una baja en la tasa del interés, produce un aumento en la suma total que por intereses se percibe, dado que 20.000 al 7 por 100 produce más que 10.000 al 8; mas esto es hasta llegar á un punto en que empieza el periodo descendente, ó sea aquel en que todo aumento de capital implica una baja tal de interés, que con éste baja el dividendo. Tal es la marcha en bosquejo, y prescindiendo de concomitantes que la modifican, retardan ó atenúan sin alterar esencialmente la ley, ni mucho menos abolirla.

Es claro que al llegarse á aquel punto en que todo empleo economicante reproductivo de capital acumulado provoca una baja del dividendo, podrá ser de interés social el que los productos sigan



UNIVERSIDAD SALAMANCA

El negocio de la guerra

7



aumentando y abaratando; pero en el interés del capitalista está desviar el empleo reproductivo para salvar su dividendo de la baja, acudiendo á tal efecto al juego y el agio en una ú otra forma. Cuando los ahorros dan más puestos en papel del Estado que vertidos á una empresa industrial ó agrícola; cuando el juego de Bolsa se extiende epidémicamente; cuando florecen los negocios ficticios, el país está maduro para todo género de *operaciones financieras*, de agiotajes y de juegos, de que es resorte poderoso la guerra. Entonces conviene al capital verse á empréstitos económicamente irreproductivos y hasta improductivos, que alimenten cualquier dignidad nacional. Los sufridos hijos del pueblo, los héroes anónimos, como se les llama, como quien da de palmaditas en el lomo al favorito que va á correrle su dinero, ejercen de caballos. Luego se les corona con laurel de trapo y se da propina al *jockey*.

Puede decirse que la alta burguesía de todas las naciones cristianas forma una vasta federación tácita que, apoyada en las bayonetas, sostiene sus privilegios. Los que en la pelea se desangran padecen por un interés común á las partes que, de un lado y de otro, les lanzaron á ella. *Hermano* llamó Napoleón III á Guillermo cuando le rindió su espada después de Sedán, término de aquella guerra, tan lucrativa en fin de cuenta para la alta banca francesa que intervino en el impuesto de los 5.000 millones, como para la que los recibió.

No es que los capitalistas, dándose por sí mismos clara cuenta del negocio todo, inicien la guerra directamente; es que ellos, los que mejor podrían ahogarla en germen, la dejan brotar. Es que no sofocan el efecto removiendo su causa, porque de esta causa extraen sus beneficios, y á la par no recaen directamente sobre ellos los daños del efecto, causa á su vez de males sin cuento. Se habla del azote de la guerra, pero suele ser esto



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S.

1.5-3/63

El negocio de la guerra

casi siempre mera figura retórica, ya que le llega más adentro al hombre un quebranto *sentido* en los propios intereses y que le prive de poder veranear á gusto ó de tomar abono de palco, que no el *imaginado* dolor de que se quede el prójimo sin pierna ó sin brazo. Y hay, sobre todo, algo que puede llamarse el

que, repito, he exagerado la realidad—genio de clase; genio que, así como se dice que el de la especie guía los inconcientes impulsos del amor, así el del capitalismo da dirección y vigor al certero instinto de los agiotistas de toda laya.

Estalló la guerra actual; como sobra en España, en realidad, capital para el empleo lucrativo al capitalista—aunque nos falte riqueza,—y como el capitalista no tenía que enviar á la guerra á sus propios hijos, sintió poco ó nada los para él *imaginados* males de ésta, y mucho la perspectiva de perder un mercado. Los hijos del pueblo, los del prójimo, serian en el negocio guerrero sus socios industriales. Vino al cabo el gran empréstito nacional, el patriótico, además de los negocillos de los proveedores y transportadores del ejército, y todo fué á pedir de boca. Para aquel empréstito salieron 600 millones. ¿Que no había dinero en España? No le había, no, para egoistas empresas, agrícolas ó industriales, expuestas á quiebra y riesgos, y que difícilmente rëndirian el interés medio normal; pero para la patriótica empresa de salvar al 6 por 100, y con garantía de la renta de Aduanas, el honor nacional ¡vaya si lo había! Cubrióse con exceso el empréstito, y la plaza que con más contribuyó proporcionalmente fué Bilbao, que si de seguro no es el pueblo más rico de España, es aquel en que *sobra* más capital, en que los ahorros acumulados por mineros y mercaderes exceden en más al empleo para ellos lucrativo que en su misma plaza pueden hallar.





Añádase á esto que de la otra banda, el *Sugar Trust* norteamericano, dueño en 1895 de azúcar suficiente para abastecer por dos años al mercado, tiraba á que se perdiese el millón de toneladas que de dicho artículo produce anualmente Cuba; porque así, equilibrados como entonces, estaban los mercados, se elevaría el precio del azúcar con la destrucción de la cosecha cubana. El bueno del *Trust*, que compró, por término medio, á 3,50 centavos la arroba, esperaba que tal vez doblase el precio, embolsándose bonitamente, en tal caso, 50 millones de pesos de beneficio. Estos avisados azucareros americanos completaban nuestro dicho de que «para el trigo agua, sol y guerra en Sebastopol», con aquel otro de «á Dios rogando y con el mazo dando»; mientras aquí pedían la guerra á todo trance alguunos de nuestros remolacheros, entre los que no faltan ardientes asimilistas que quieren á Cuba una provincia más española, pero pagando el azúcar de caña cubana por Aduana 33,50 pesetas kilo, y el peninsular de remolacha ¡justa compensación! 20 pesetas, pero ¡justísima re-compensación! 20 pesetas... nominales, dado que por concierto se pagan.

Junto á todo esto, los negocillos de la Habana y el interés de los jefes y oficiales que van á la guerra á hacer carrera, interés que tanta fuerza inconciente posee, aun en las más desprendidas y nobles conciencias.

Todo esto es lo que había de un lado y de otro, bajo las declamaciones, ya de honor nacional y de derechos históricos,



El negocio de la guerra

ya de humanidad y de emancipación necesaria, ya de aquello de que descubrirán y poblarán la perla de las Antillas nuestros abuelos, como si de éstos fuésemos más nietos que los criollos cubanos, ya de aquella otra socorrida metáfora de la emancipación del hijo cuando á la mayor edad llega.

Y volviendo á mi tesis central digo que, por paradójico que á muchos pueda parecerles, es lo cierto que las guerras suelen ser una sangría que alivia las crisis del capitalismo á espensas de la salud general del organismo social entero, como una sangría á tiempo evita una congestión localizada á espensas de la vitalidad del individuo.

Porque las crisis industriales, más que á sobre-producción ni sobre-consumo, débense á falta de verdadera organización económica, mal suplida por la sistemática concurrencia; y se deben sobre todo, á sobre-ahorro, á exceso, según el punto de vista del capitalismo burgués, de capital acumulado. La oferta se ajusta en general á la demanda, produciendo las fábricas á pedido de los comerciantes. Es, por lo común, una fábula lo de que haya almacenes abarrotados de productos. Lo que hay es fábricas que despiden operarios y máquinas paradas, ó que solo funcionan parcialmente. No es tanto que sobre harina en los almacenes, cuanto que los molinos no muelen más que una parte de lo que pueden moler; mas bien que sobrar grano en los graneros sucede que se convierten en pastos, tierras de pan llevar. Sucede que si á todas las fábricas y todas las tierras se les hiciera producir el máximo de lo que normalmente alcanzan, los productos se abaratarían poniéndose al alcance de más consumidores, y podrían consumir más y mejor cuantos, trabajando, sacan con qué comprar; pero á la vez el valor de la máquina ó de la tierra, como medios de producción, disminuirá por la concurrencia para sus poseedores, es decir, que el



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

El negocio de la guerra.

valor en cambio de los medios productivos bajaría, y el mero capitalista y el mero propietario de tierras se encontrarían, una vez llegado el minimum del salario, con que no les rendían tanto beneficio y renta respectivamente. Para el que trabaja con instrumento propio al que no tiene que rendir más que lo conducente á restablecerlo de su natural desgaste, para éste tal no hay limite en el engrandecimiento de dicho instrumento, que cuanto mayor y más perfecto, más le intensifica y alivia el propio trabajo; pero para el que vive de alquilar en una ú otra forma instrumentos de trabajo, medios de producción, ó de alquilar brazos para que con ellos le trabajen, que al caso hace igual, puede un aumento ó mejora en los instrumentos significarle una disminución tal en su valor de cambio ó de alquiler, que le amengüe beneficios.



«Si el dueño de esta finca por la que pago 6.000 duros de renta—decía un colono empresario—quisiera llevar á cabo en ella ciertas mejoras, me quedaba con la mitad en 4.000 duros, y él con la otra mitad libre, que arrendada á igual precio le aumentaba su renta en una tercera parte, compensación más que sufi-

ciente á los gastos de las mejoras requeridas.»

Esto es exacto; pero lo es *mientras haya quien tome la otra mitad*. Todo el mundo conoce caseros que se niegan á toda mejora en sus fincas urbanas, prefiriendo no subir la renta y evitar así los huecos de inquilinato, mientras el movimiento demográfico esté estacionado en el pueblo. Porque, en efecto, si todos los dueños de fincas rústicas hiciesen mejoras como la que el colono pedía, como la población no aumenta de año en año á demanda de ellos, sería lo mismo que arrojar al mercado nuevas tierras laborables. Intensificar el suelo es como extenderlo, y las nuevas tierras, entrando en concurrencia con las viejas, harían que subie-



El negocio de la guerra.

se la oferta de ellas y bajaran las rentas. La intensificación del cultivo depende del aumento de población, más que éste de aquella.

Y entre otros efectos, ¿qué otra cosa hace la guerra que rarificar población útil para la labor agrícola, facilitando así el que el cultivo se haga más extensivo, que se conviertan en pastos tierras labrantías, y que se mantenga la renta á expensas de la utilidad social del suelo nacional, acaparado por la propiedad privada? Aspecto es éste lleno de íntimas contradicciones, y que exigiría largo y complicado desarrollo.

De un modo ó de otro, siempre que en la guerra pienso acuden á mi mente aquellas aterradoras disquisiciones del prof. Loria acerca del hambre sistemática y de la mortalidad económica, cuando al cabo de detenidas estadísticas y de minuciosa mostración de datos rompe de pronto la seca y escueta exposición didáctica con esta frase terrible: «He aquí cómo en el fondo del proceso capitalista aparece un festín de antropofagia.»

He dicho que el suelo nacional es una hipoteca de los tenedores de la Deuda, pero no cabe desconocer que esto tiene un límite, que limita á su vez el negocio de la guerra; límite que halla expresión plástica en la fábula de la gallina de los huevos de oro. El suelo nacional es, sí, una hipoteca de los tenedores de la Deuda; pero es mientras no se lastimen sensiblemente los intereses de los grandes propietarios de tierras y no pierdan por un lado lo que por el otro ganan; mientras haya suficiente reserva de bienes amortizables ó públicos; mientras los embargos á los pequeños propietarios insolventes á la contribución no aumenten de modo que pongan en peligro la contribución misma; mientras no haya que apelar á peligrosas conversiones de la Deuda; mientras no amague de veras la bancarrota nacional ni se vislumbre la hacienda averiada de los países á la



corta ó á la larga intervenidos y presa de la usura internacional; mientras los efectos, en fin, de la sangría en el organismo total de la nación no sean tales, que los gobernantes tiemblen ante la perspectiva de una anemia progresiva é incurable. Los mismos que negociaron con la guerra, colocando, merced á ella, sus 600 millones de ahorros al 6 por 100 con garantía de obligaciones de Aduanas, necesitan paz para que las Aduanas



marchen bien y les aseguren el negocio, salvo emprender mañana otro análogo.

Así que el emprendido negocio amenaza volverse ruinoso, los sensibles patriotas que pedían guerra hasta la última gota de sangre y la última peseta—como si fuesen de ellos,—empiezan á reflexionar, se acuerdan de las pobres madres, su imaginación simpática se vivifica y piden un arreglo que dé fin al azote de la guerra, para que, conseguido su objeto... se afirmen los títulos hipotecarios.

¿Quién va á contratar hoy un nuevo empréstito de 500 ó 600 millones para alargar la guerra? Se ha anunciado ya una nueva emisión de 200 millones, en la que podrá volver á colocarse una parte de la parte de capital patriótico ya amortizado de la primera emisión. Dicen que el señor Ministro de Hacienda ha creído que, mientras haya patriotismo en España, bastará el país para las atenciones necesarias, en vez de creer que mientras sea negocio la guerra, la guerra seguirá. Y una vez consumido este nuevo arbitrio, ¿qué se hará? Si para garantizar otro empréstito se acude á la renta, libre aún, la de tabacos, comprometida la tributación toda, se quebrantaría el crédito y apenas quedaba libre en el presupuesto de ingresos la cantidad que consumen las atenciones del negocio mismo de la guerra, subiendo el gravamen por deudas públicas casi al 70 por 100 de lo que ingresa. Con el crédito de Almadén, el impuesto de explosivos, el especial sobre tráfico, las obligaciones



El negocio de la guerra.

del Tesoro en poder del Banco, la venta de billetes hipotecarios de Cuba, pignorados, dicen, que se sacaría unos 350 millones, recursos para medio año á lo sumo. Y esto, ¿para qué? ¿No significa de hecho la concedida autonomía independencia económica tarde ó temprano? Si son en lo económico independientes, ¿qué más da al capitalismo que ondee en los puertos insulares la estrella solitaria, con la que podríamos cerrar un buen tratado de comercio en concepto de nación favorecidísima, ó que ondee en ellos la enseña roja y gualda, símbolo de una soberanía casi nominal y tal vez gravoso?

No sirve darle vueltas; así que se haya vertido el exceso aquel de capital para el que no se hallaba fácil empleo lucrativo, los recursos de la guerra se habrán acabado mucho antes de agotarse la riqueza nacional; se habrá llegado de hecho á la última peseta disponible, á la utilidad marginal de la guerra. Entonces se caerá por completo en la cuenta de que no tiene una nación derecho al suicidio, y entonces se pedirá la paz á toda costa. Hay ya muchos que condenan ciertos arrebatos bélicos y que no se indignan, sino levemente; y como por compromiso, cuando se habla de la liquidación del asunto cubano ó de la paz á toda costa. Se ha pedido el relevo del caudillo de acción por muchos de los mismos que pidieron su envío, y se pide cambio de rumbo, aunque añadiendo, por pudor, que á la acción política debe acompañar la militar. Tampoco vendrían mal algunas generosas propinillas.

En cuanto al pueblo... el pueblo nunca ha sentido entusiasmo por esta guerra, como lo sintió por el simulacro de



El negocio de la guerra.

Melilla contra el infiel marroquí, ni se ha arrebatado contra el tocinero yankee, como se alborotó contra los alemanes cuando lo de las Carolinas. En las honduras del espíritu público que no conviene por lo visto reflejar a los órganos de la opinión, hay conciencia de la culpa nacional y ninguna fe en nuestro derecho.



Por donde quiera se oye en tertulias, círculos, cafés y hogares reconocer que sobran justificables móviles a la insurrección. ¿Que el declararlo es dar armas a los insurrectos? ¡Valiente simpleza! El ocultarlo sí que es agravar nuestra causa, nada simpática en general en Europa, aunque tratemos de negarlo, siguiendo la costumbre nacional y de la nación, reflejada en los gobiernos de mentira y trampa adelante. ¿Nos acusan de estos o los otros defectos, horrores o crueldades? con negarlos basta; y si no bastase no faltará por ahí cabeza de turco que cargue con ello.

Se dió la sngría; quísose cerrarla a tiempo, y no se logró; corrió más sangre de la que hacía falta; vinieron trastornos y acaso ataques epilépticos a consecuencia de ellos... ¡a restablecerse! Nueva restauración hasta que amenace nueva apoplejía al capitalismo, y vengan aumento de sanguijuelas primero y sangría después. Y vamos viviendo.

¿Se corregirá esto? ¿Desaparecerá al cabo, con la actual constitución económico-social, el resorte íntimo de las guerras de hoy? ¿Illegará día en que a pretexto de supuestos agravios o por tercas e interesadas resistencias a justísimas aspiraciones, no busque el genio del capitalismo en fantásticos deberes nacionales motivos de negocio? Contrayéndome más: ¿desaparecerán las actuales guerras?

Creo que sí; cuando sean ruinosas para todos, irrogando más perjuicios que

provechos puedan rendir a éste o aquél.

Al tratarse de arbitrajes y de derecho internacional, suele decirse que no hay sobre los Estados un poder compulsivo capaz de imponérselos, que falta sanción a las reglas de ese derecho. Esto es, en gran parte, un error, ya que el interés de los ciudadanos crea la más sólida sanción. A medida que las relaciones mercantiles son más mayores y más estrechas entre dos países, y que más dependen mutuamente entre sí éstos, más se establece un arbitraje íntimo e impersonal. El derecho internacional verdaderamente compulsivo es el que nace del derecho mercantil, de las relaciones comerciales entre dos países. Cuando el quebrantamiento de alguna de las reglas de ese derecho puede provocar quebrantos graves en el comercio, acaso una crisis, ¿qué mayor sanción de las reglas? La Letra de cambio puede más que todas las disertaciones acerca del derecho de gentes, y la asociación internacional mercantil es el verdadero tribunal de arbitraje. El principal papel de la diplomacia hoy se reduce a ajustar tratados de comercio. En este respecto puede decirse que guerra y proteccionismo son términos correlativos, y que la marcha gradual a la desaparición de las guerras no es más que una cara de la marcha al librecambio absoluto, única base de una verdadera e íntima federación universal, marcha a que en vano se oponen las pasajeras rachas de proteccionismo doctrinal.

La cosa va para largo, bien lo sé; pero ¿por qué se ha de asegurar que haya de haber siempre guerras, como hoy, y como capitalistas y jornaleros? Cuando se habla de lo incoercible de las leyes que rigen los procesos de las cosas, suélese olvidar a menudo que si las cosas proceden según ley, la ley misma, según la cual proceden, está a su vez sujeta a proceso y cambios, y que así como hay ley de éste, hay pro-



UNIVERSIDAD DE SAN VICENTE DE CAYAMA

El negroio de la guerra.

17

ceso de la ley, y ley de este proceso.

Día llegará, no lo dudo, en que se vea claro que los que combaten hoy las leyes, por muchos creídas eternas, de la concurrencia, de la guerra y del patriotismo al 6 por 100 son los que sienten más al vivo la penosa ascensión del pobre linaje humano a la paz final del reino de Dios.



Miguel de Unamuno.

Salamanca, enero 1898



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO USAL.ES

45.2/63